

UNA HORA Y TREINTA Y TRES MINUTOS DE LA MADRUGADA

¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido? No... recuerdo nada. ¡Qué obscuridad!... No se puede ver nada. Tengo frío. Muchísimo frío. ¡Qué mareo! Me estoy moviendo... Estoy mojado, completamente empapado. Parece... que... ¿Estoy en el agua? ¡Sí! ¡Estoy en el agua! Y es salada. ¡Me encuentro en el mar! ¿Qué estoy haciendo aquí? No soy capaz de recordar nada. Pero hay oleaje, y bastante fuerte. ¿Por qué estoy aquí? No me acuerdo de nada.

Tengo frío. Mucho frío. Estoy empapado y atarido. Tengo que mantenerme a flote, pero, ¿hacia dónde me dirijo? Voy a la deriva. ¿Cómo habré podido llegar hasta aquí? No recuerdo absolutamente nada. Debo pedir ayuda.

—¿No hay nadie por aquí? ¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Contésteme, por favor!!! ¡¡¡Socorro!!! ¿Alguien puede ayudarme?

Es inútil. No me contesta nadie. ¿No habrá nadie, o es que no me pueden escuchar? Me temo que no hay nadie cerca de mí. ¡Qué soledad! Estoy completamente solo. Solo en la inmensidad del mar. Y sigo sin acordarme de qué es lo que hago aquí, de por qué estoy aquí. Todo está oscuro. Es completamente de

noche y no se ve nada. Ni una estrella. Nada. El cielo está completamente nublado.

Empiezo a recordar. Creo que... sí, yo viajaba en un avión... sí, y estaba durmiendo hasta que me despertó un fuerte golpe. Sí, me parece que fue así, eso es, poco a poco ya voy recordando; había muchos gritos..., y el avión empezó a dar saltos y bandazos... las azafatas pretendían mantener la calma pero tenían que dar grandes voces intentando hacerse oír por encima de los gritos de la gente, procurando a toda costa que todos nos pusiéramos los chalecos salvavidas... y yo afortunadamente a duras penas conseguí colocarme el mío. Ninguno nos acordábamos de los consejos que tan pacientemente dan las azafatas al inicio del viaje, y que han sido el origen de tantos chistes...

—¡¡¡Ayuda!!! ¿Alguien puede oírme?

Nada, solo se oye el oleaje. ¿Y después? ¿Qué es lo que pudo ocurrir después? No tengo ni la más remota idea, no recuerdo más, debí de perder el conocimiento.

Mi reloj no funciona. Debió de recibir algún golpe y está parado. ¿Qué hora será? ¿Llevo el móvil? Sí, aquí está. Pero... Me lo imaginaba, como está mojado tampoco funciona. Intentaré hacer un cálculo aproximado. Llevaríamos volando como unas tres horas; es muy difícil de calcular, porque me quedé dormido. Salimos del aeropuerto más tarde de las once, así que deben ser más de las dos de la madrugada. ¡No, espera un momento! Hay una hora de diferencia entre Grecia y España. Debe de ser apro-

ximadamente ser la una de la madrugada, hora española.

Dios mío, ¿qué va a ser de mí? ¿Qué puedo hacer? Voy a morir. ¡¡¡Voy a morir!!! ¿Qué posibilidades tengo de salvarme? No quiero morir. ¡No quiero morir!

—¡¡¡Auxilio!!! ¿No hay nadie por ahí?

Nada. No contesta nadie. Bueno, menos mal que por lo menos tengo el chaleco salvavidas, pero, ¿será eso suficiente? No se ve nada, absolutamente nada. Me encuentro solo, de noche, en medio del mar y a la deriva. Mi teléfono móvil está mojado y no funciona. Mi reloj se golpeó en algún momento, y está parado. No tengo a mi disposición ningún modo de comunicarme con nadie. Ni siquiera puedo afirmar con certeza la hora que es. Estoy empapado y muerto de frío. Pero no quiero morir. ¡No quiero morir! Todavía me quedan muchas cosas por hacer en la vida. Tengo que ser fuerte. No me puedo dejar llevar por la desesperación. Eso no me conduce a ninguna parte. Tengo que aguantar hasta que vengan los equipos de rescate.

Serénate, Carlos. Tienes que tranquilizarte. Aun no está todo perdido. Ni muchísimo menos. No puedes tirar la toalla a la primera de cambio. Como decía mi abuela, mientras hay vida, hay esperanza. De manera que aprieta los dientes y sigue aguantando. Marchando hacia adelante. Has superado otros problemas bastante graves, y con más o menos dificultad, también saldrás de este.

Pero ¿qué puedo hacer? ¡No hay ninguna visibilidad! No distingo absolutamente nada. No tengo

ningún alimento, y tampoco tengo ni una gota de agua, ¿o sí? Ahora que recuerdo, compré un botellín de agua mineral en el aeropuerto. La llevaba en el bolsillo de la pierna del pantalón. A ver si puedo llegar a cogerla. ¡Lo conseguí! ¿Cuánta agua tiene? Más o menos media botella. Bueno, por lo menos tengo media botella de agua, algo es algo. Pero tengo que dosificármela con cuidado, porque no tengo la menor idea de cuánto tiempo voy a tener que estar esperando a que me localicen y vengan a rescatarme.

Cada vez tengo más frío. Y estoy empapado. Y según va pasando el tiempo me encuentro más cansado. No sé si podré resistirlo. No, no voy a poder aguantar mucho tiempo. En cuanto me canse y me quede dormido, será mi final. ¿Habrá algún animal peligroso en esta zona? No, no creo, me encuentro en el mar Mediterráneo y aquí, si no estoy muy equivocado, aquí no hay tiburones. ¡No quiero morir! ¡Soy muy joven para morir! ¡Tengo que salvarme! Creo que debería pedir ayuda. Puede ser que haya alguien cerca, algún pescador o algún yate de recreo, y si me escucha, podría echarme una mano.

—¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Que alguien me ayude!!! ¿Puede oírme alguien? ¿Hay alguien por ahí?

Es extraño, no se oye a nadie. Pero, ahora que caigo, ¿no tendría que haber más supervivientes? Porque, si se hubieran salvado otros pasajeros, al oír mis gritos ya me habrían contestado. Pero nada, no se oye nada de nada, absolutamente nada. Únicamente el oleaje. Pero no, no es posible, no puede ser. Alguien más debería haberse salvado.

—¿¿¿Hay alguien por ahí???